

TURISMO HEROICO

El Monasterio de Guadalupe y la lírica del peregrino

Un viaje al Monasterio de Guadalupe, sobre todo a pié, es una de las aventuras espirituales más incitantes que puede hacer todo hombre de alguna hondura y delicadeza. De esa aventura sale el hombre más ancho o dilatado, más nuevo y enriquecido. Tras de ella, algo le suena y brilla en lo hondo del ser como si los cascabeles del júbilo fueran de oro. Son muchos los españoles y muchos los extremeños mismos, ignorantes aún de que pocos otros viajes de turismo pueden hacerse tan encantadores como este del Monasterio de Guadalupe. Yo lo hice y he repetirlo más de una vez, gozosamente.

Y lo hice a pié, desde Trujillo. Era una mañana lenta, limpia, luminosa y musical que aún presentaba sobre el tierno pecho azul el collar pálido de la luna. Rezagado de la noche, aún venía de vez en cuando algún vientecillo fino y cancionero, revoltoso y trasnochado. La mañana era fresca y excitante con sabor a menta. Avanzada ya la primavera, había un olor de coadura en la tierra tostada y una fragancia disuelta de violetas maceradas en el ambiente tibio. Toda la tierra era pan en amplias rebanadas que, en los montes lejanos, se doraban de miel. Los silencios pastoreaban según se oían las esquilitas de los grillos. Poco a poco, el cielo iba tomándose de un aspecto geológico, con nubecillas sueltas como canchales o agrupadas en rebañíos quietos.

Desde Trujillo a Madroñera, el paisaje es abierto, ancho de luces y confines, y flojo y tendido de musculatura. Tiene todo él suavidades y tornasoles de pastizal. Las palabras, serenas, recogidas, suenan lentas, maduras, entrañadas de gravedad. Todo el ámbito se acumula sosegadamente para recoger las palabras pronunciadas. Avanzamos en el paisaje y en nuestra propia serenidad con el sentimiento de que nos ahondamos en nosotros mismos; soledades y silencios zumban en torno al brocal de la propia profundidad. Muchos caminos se revuelven en el paisaje: unos que se van, dejándose detrás el reguero de sus nostalgias; otros que vienen gozosos y tributarios; hay caminillos gráciles, juguetones, rápidos, y los hay anchos, polvorosos y sosegados. Los hay ásperos y tiernos, jóvenes y viejos, orgullosos e indiferentes a nuestra presencia, y caminos humildes que llegan en silencio, rectos, o escondidos, a besarnos las sandalias. Todo el paisaje se transe, cifra y tatúa de este lenguaje sagrado de sus caminos.

Y pienso en lo profundamente que esta palabra, «camino», se entraña en la metafísica de nuestra vida. El placer de andar, de ir, de deshojar una gran margarita de rumbos y de rutas, descubre hondos y finos estambres del ser del hombre. Todas las metáforas de caminos, sendas y veredas, o del mar como sendero innumerable, o de peregrinos, pastóres y navegantes, producen vibraciones de melancolía en las hebras más vivas de nuestra alma. Expresio-

nes como «el camino de la vida», el «curriculum vitae», la «escondida senda» de Fray Luis, el «in mezzo del camin de nostra vita», de Dante, el «sendero de las ocho vueltas» de la sabiduría hindú, o las «vías» de los místicos, más las cien leyendas sobre las luchas contra el azar y lo imprevisto, en aventuras terrestres o marinas, y las mil metáforas sobre la posada y el camino, sobre la vida como tránsito o cruzada, y sobre el mundo como un mar proceloso en que cada alma es bajel o barquichuela, levantan finas melancolías y poéticos e inconcretos rumores en lo hondo de nuestro sér.

La Ciencia, para el hallazgo de la verdad, pide un «método», es decir, un camino; la Política, la Sociología, la Filosofía de la Historia, nos hablan de un «progreso», de un avance lineal por una senda; la Religión nos habla del «breve tránsito de nuestro vivir»; la Pedagogía nos enseña a descubrir la vocación de los demás para alumbrársela en su andadura, en su profesión o «carrera». Todos los cuentos que encienden la imaginación infantil tratan de aventuras, de marchas, de caminos interminables para ver mundo. Y todos esos cuentos y narraciones abren dulces, sosegadísimas veredas al sueño de los niños, con solo repetirles incansablemente: «Iba nuestro héroe andando, andando, andando...»

Cuenta Renán que cierto día llegó a un campamento de beduinos y los árabes que le acompañaban, de vida sedentaria, sintieron de pronto tanta nostalgia ante los nómadas que visitaban su tienda, que poseídos de gran veneración, saludaron a los errantes como a «hermanos de superior estirpe». Se había despertado en ellos la profunda nostalgia del andar por el desierto. Y es que los hombres como los pueblos, a la llegada de la adolescencia, sienten un profundo insosiego migratorio, sueños de andaduras y caminos como expresión de la virilidad que estrenan. Cuando llega la adolescencia del hombre, entra el mozo en traspuestas inquietudes, sin clara cifra al principio, pero que pronto se va traduciendo en un hambre loca de marchas y caminos. El muchacho, cansado del pueblo y de sus horizontes, se siente sordamente hostil a la familia, a toda sedentariedad y reiteración, y vive situaciones extraordinarias de hazañas y hechos inauditos, fantásticas emigraciones y aventuras, dulcemente hilvanadas con irisadas hebras de sueños. Y no es solo la urbe y sus encantos lo que le atrae, sino el puro y hondo placer de errar y de irradiarse, pues es su vida misma la que siente estrella de rumbos y senderos. Y si los mozos de las provincias españolas sueñan con Madrid y Barcelona, y a esas ciudades se fugan cuando pueden, son muchos igualmente los muchachos barceloneses que se aventuran en polizones de barco, y muchos los madrileños que han terminado alguna escapada, en Tembleque o en Torrejón de Ardoz.

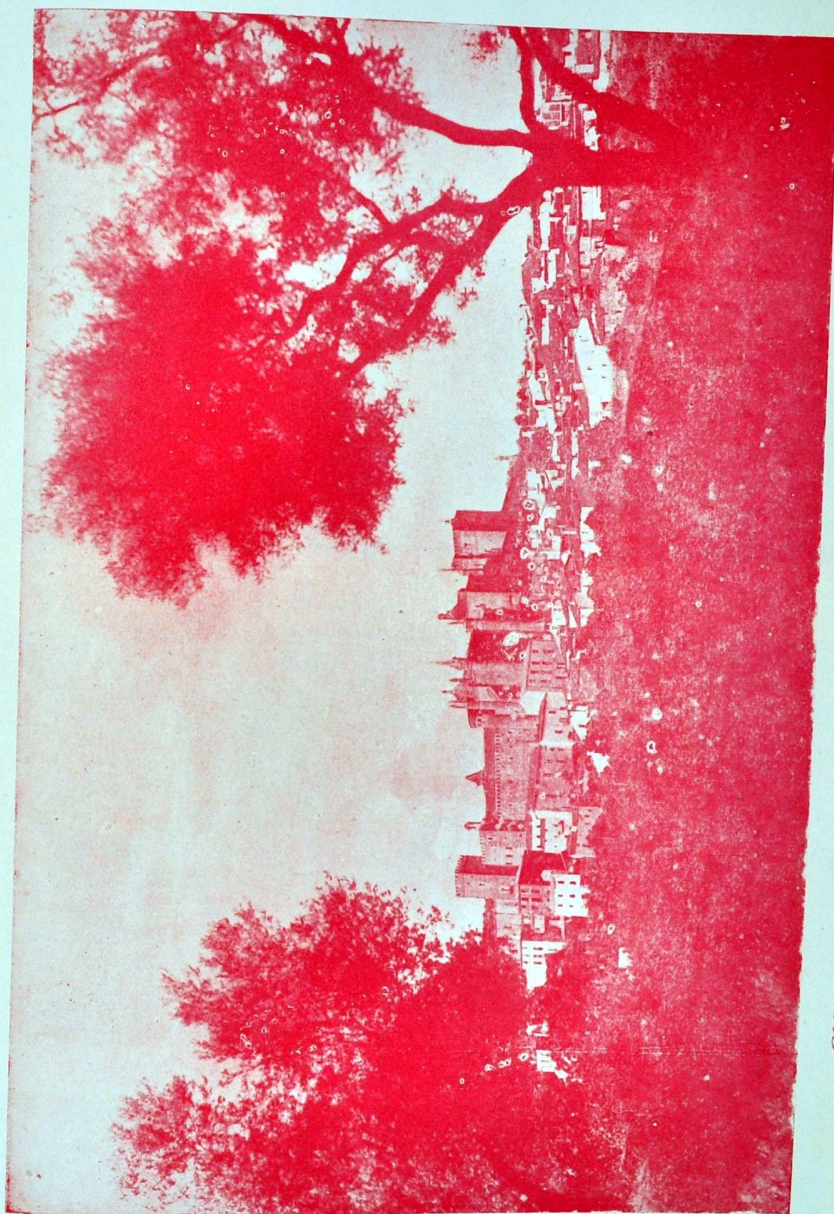
Y lo mismo, en las etapas adolescentes de la Historia. En cuanto se entra en una edad moza de lo histórico, empieza en los pueblos y culturas el insosiego de la adolescencia y con él, las excavaciones, los alpinismos, los descubrimientos, aventuras, periplos y viajes. El poeta, en esas épocas, como el monje y el caballero se hace errabundo: juglar o trovador si es poeta; mendicante o misionero, si monje; y cruzado o peregrino, si caballero o creyente. Y el báculo o la sandalia del monje y el romero, o la escarcela, la mula y el caballo del campeador, vienen a sustituir la melancolía mimosa del poeta sedentario y salonero o la hiposa sentenciosidad del cansado estoico. Erasmo, leyendo caballero en mula roma, pasea todos los caminos de Europa: Vives o Juan de Valdés, Petrarca o Marco Polo son tan andariegos como el tenuísimo

San Francisco o el ardiente San Bernardo. «Navegar es necesario; vivir, no» izan con denuedo los cargadores de Brema. Y el trovador, el peregrino, el ganadero de la Mesta, se nimban de un halo poético tejido por las nostalgias líricas de los que no supieron andar bastante.

Petrarca escala las primeras montañas; Marco Polo, ha hecho sus viajes como Benjamín de Tudela; las «Serranillas» del Renacimiento español son puro alpinismo literario como las pastorelas provenzales. Ese viajero que tropieza en los caminos a una moza, vaquera o no, y la enamora, hace recordar por simpatía, al inquietísimo Arcipreste. Toda Europa se ha puesto a andar. Y como los mozos adolescentes, los pueblos que *se quedan*, se ponen tristes. Pronto vendrá, después, toda una literatura áurea de caminos y mesones, y pronto surgirá la mística andariega de Teresa de Cepeda, de Domingo de Guzmán, y de Ignacio de Loyola, con la inquietud errabunda de Isabel de Castilla. Y vendrán los misioneros y los conquistadores... Y también unos extremeños geniales que se echarán a andar por esos mundos de Dios...

Me había olvidado de que yo también soy un humildísimo extremeño que lleva ahora un camino hacia el Monasterio de Guadalupe... Como esos solemnes, rituales labriegos que veo avanzar por lomas y recuestos trazando insomnes, tras su yunta, interminables caminos; como esos pastores que, por cerros y cañadas, navas y oteros, avanzan lentos, rítmicos, patriarcales, con sus rebaños delante, como pueblos silenciosos. Yo también, hacia el Monasterio, voy trezando unos caminos. Saltan, de pronto, del suelo unas alondras que silban como pastoras y unas cogutas que chillan como comadres asustadas. Allá unos copos ásperos de madroñera o unas carrascas en tertulia; más lejos, un alcorchoque renqueante se ha quedado atrás del encinar, que, más allá, avanza envuelto entre rumores fríos como un ejército manso y numeroso. El labriego que ara nos ha descubierto y nos ha vuelto la espalda con obcecación en su andadura, mientras un pastor desde su grandeza, nos mira honda y silenciosamente. Al contestar a nuestro saludo, suena su voz lenta, morena y trabajada, voz tardía y entrañada, densa y profunda, bien filtrada y afilada por las arenas y canchaleras de su ser.

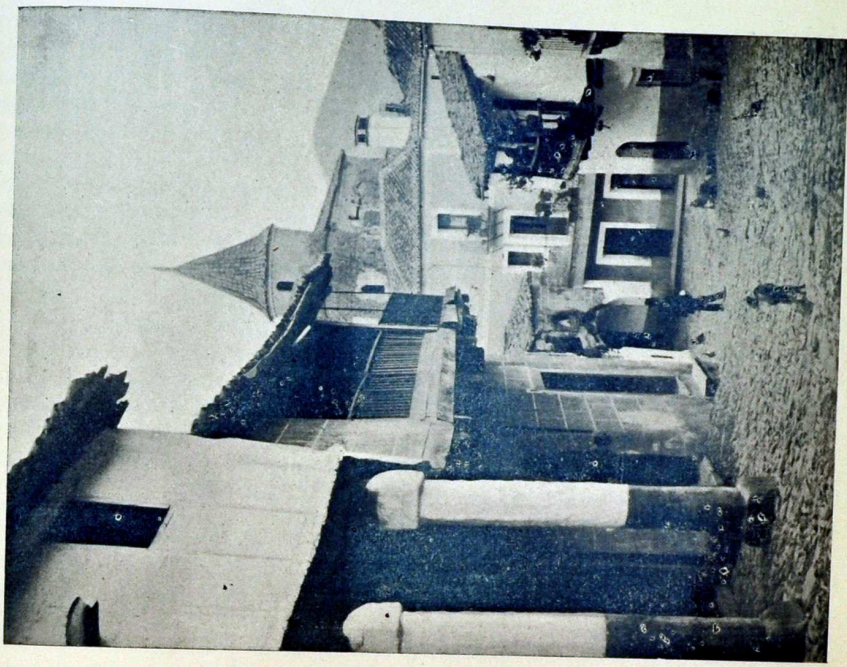
Me sobrecoge la presencia de pastores y labriegos. La soledad y, más aún, la soledad junto a la tierra, oyéndole sus ritmos y latidos, da al hombre sabiduría y profundidad. En la tierra está la voz de los antepasados que duermen; y para el hombre rico de las savias de lo humano, donde el hombre se entierra no es un «cementerio», no una «ciudad de los muertos», sino un «campo-santo». La tierra es tradición, sabiduría, amor y muerte. Entre Zeus y Gea se reparten el mundo; así lo cantaban las sacerdotisas llamadas «Las Peleíadas», según Pausanias. Gea transformóse luego en Démeter, la Diosa Madre, y de esta nació Atenea, personificación de la Sabiduría, que Herodoto identifica como hija de la Inteligencia (Metis) y simboliza en una lechuza. Pero en Roma, Démeter es Tellus o «Terra Máter» cuyo culto dió lugar a la Matronalia o fiesta de las Madres que se celebraba en primero de Marzo, como símbolo de la fecundidad primaveral. Para el campesino de raza, la Tierra es un libro magno donde él se impregna de sabiduría y escribe, a punta de arado, nuevas páginas de Historia. En ella está una tradición, porque es un enorme palimpsesto de surcos como renglones, donde se superponen y borran las huellas de las generaciones, pero donde quedan latiendo, potencialmente como semillas, en espera de otra mano labriega y solícita que sepa despertar sus dormidas entrañuelas. Es sabido que en el bajo latín, «versus» significaba a la vez,



GUADALUPE. — «...Un Monasterio en que la Piedra parece de carne...»



«...ISTOS PU'OS PASTORES EXTREMENOS...»



«...POR FIN, CUADALUPE Y SU MONASTERIO...»

surco y verso, y que los griegos antiguos usaron un sistema de escritura llamado «bustréfodon», porque iba de izquierda a derecha para tomar luego en sentido inverso, como los surcos de un sembrado. Por eso tomaron su nombre de «bous», el buey, como animal que ara. También parece cargado de simbolismo el hecho de que los primeros habitantes de Roma, que aun no tenían tradición o sabiduría, fueran a buscarla precisamente al pueblo más campesino, al de los Sabinos. Y bien representada queda la sabiduría china con aquella ceremonia anual en que el Emperador, con un arado de oro, abría el primer surco del Otoño, mientras daba su ejemplo, presentando el cultivo de gusano de seda en una canastilla de marfil y laca.

Tanto como culturas agricultoras, hay culturas nómadas y pastoriles; además de las de arado y azadón, hay las de los pastores trashumantes, culturas de báculos, de astrónomos, desiertos y profetas, como la hebrea y la beduina, como las culturas meda, caldea, árabe y egipcia, que no son culturas de raíces, de almas de siembra, sino culturas de tránsito, de zamarra y de cayado, de corceles y caminos. Son pueblos zahoríes que han pegado muchas veces el oído a tierra para barruntar peligros y sospechar veneros soterraños. Estos duros pastores extremeños, manchegos, andaluces, castellanos, cuya presencia real, calándose en las llanuras o en los cerros, tienen la efigie de un mago persa, guardan tesoros de sabiduría ancestral. Su paso por el campo, desflorando silencios y soledades, abriendo senderos, sembrando huellas o borrando cicatrices en la estepa, tienen no sé que grave majestad de soñadores de Historia. Un pastor fué Viriato y un pastor aparece en la Batalla de las Navas de Tolosa. Y entre pastor y labriego nos presentan las crónicas Wamba. Y de estirpe y estilo de pastores nos parecen Teresa de Jesús con sus Fundaciones y los conquistadores y los misioneros, que a sí mismos se llaman «pastores de almas» según la frase acuñada por la Iglesia que, por algo, ha escogido el báculo como símbolo de su misión.

Toda España me parece también pastora de pueblos y de almas... Y toda el alma, toda la sabiduría de España, veo en estos pastores extremeños que con incifrable voluntad de éxodo en sus almas viejas, andan por los montes de España con nostalgia incurable de patrias ideales y una sed dolida de incógnitas cisternas. ¡Qué estampa de patriarcalismo hebreo cuando uno de estos pastorcitos, bajo la sombra dura de la carrasca o la sombra tierna de un castaño, hace florecer su contorno de ovejas silenciosas, como si se sumiera en un raro sueño de estirpe y prole! Entre astrónomo y curandero, el pastor de las Españas es, a la vez, un fino catador de hierbas y de aguas, y un profundo descifrador del jeroglífico celeste; conoce bien el sagrado secreto del Laberinto de las estrellas, porque, con una siembra de nombres, ha hecho florecer el Zodíaco, que también anda incansable en sueño de animales y de signos; sabe ordeñar sentidos a las noches, manipulando el queso de la luna llena, y escanciar de su cuerna su luz de aceite y beber zumos de Vias Lácteas y licor de estrellas, esquilando, si a mano viene, a las Cabrillas, para hacer, con los vellones de su luz platera, copos de su soledad que exprime contra su corazón, buscándole sus últimas esencias... El pastor de las Españas tiene estambres de filósofo y de poeta, pues como Orfeo, con la melodía de su ocarina o de sus silbos, pone rizos a la sien del monte y los cerros pastorean creyéndose con esquilas. España es una cultura campesina y ganadera, de labriegos y pastores. Por algo el Consejo de la Mesta, fué el primer Consejo Real de España...

Hemos llegado a Madroñera pueblo ancho y tendido con rumores marinos. Bellísimos rincones dan a sus calles altas evocaciones campesinas y fragancias cereales. Buen pueblo de pastores y labriegos con profundidades de filósofos. La subida al monte, dejando atrás al pueblo, se hace con nostalgia de su presencia... Pero hay que trepar hasta el espinazo de las Villuercas, entre senaras y encinares, tomillares y praderíos temblorosos de luz. Alguna ermita a lo lejos y en esa ermita, alguna Virgen de centeno y azahar como una tórtola dormida, arrullando campesinos y pastores... He dicho que me sobrecoge la presencia de labriegos y pastores en el campo sonoro y silencioso. Voy caminando con mi cayado y mi morral al hombro, más como peregrino que como pastor, y ahora pienso si la Virgen de Guadalupe, si todas las Virgenes españolas, no serán también pastoras y labriegas. Todas las tradiciones líricas y piadosas de las Virgenes españolas nos hablan de su aparición en los campos. Solo en estos tiempos urbanísimos, se aparecen alguna vez en las grandes urbes porque la fé crece en proporción del cansancio y la tristeza de los tiempos ásperos. Pero, en general, las Virgenes son camperas, aunque algunas, andando el tiempo, nos hayan venido a parecer Virgenes de ciudad, como la de los Desamparados de Valencia, la del Pilar de Zaragoza, la de la Macarena de Sevilla, la de las Angustias de Granada, o de la Almudena o de la Paloma de Madrid. Las Virgenes son floración y número de los campos españoles, como la de Monserrat, la de Guadalupe, la de la Montaña de Cáceres, la de la Luz de mi Arroyo. Son Virgenes agrícolas, labriegas, espigadoras de sueños, de súplicas, de congojas y de anhelos de los campesinos de España. Y pastorcitas, de los encinares extremeños, guardesas de sus senaras, que pastorean también corderos de nubes. O son mineras de estrellas.

Son pues campesinas estas Virgenes torcaces que hicieron dulce nido en los encinares de Extremadura. Las flores, los frutos, las espigas, los ganados se sienten vigilados bajo su altísimo patrocinio. Todas las Virgenes españolas son campesinas. Pero esta de Guadalupe ha preferido los anchos praderíos de la Historia y más extremeña que sus capitanes se nos fué un día a las Américas a pastorear pueblos y vigilar la siembra de la cultura de España.

Hemos cruzado las Villuercas, dejando a Cañamero abajo y a un lado, en la visión de uno de los más espléndidos panoramas españoles. En lo alto de las Villuercas, ante la grandeza del panorama, se tiene la máxima conciencia de la propia pequeñez. Empieza el descenso por la otra vertiente de la cordillera, y allá abajo, por fin, Guadalupe y su Monasterio. El camino que se había hecho antes ascético y grave, ahora se nos vuelve retozón bajo los castaños umbríos. Está atardeciendo y todo el oro de la tarde se entenece en un magnífico paisaje de verduras de castaños y frutales. Corren fuentes jubilosas y cantan ruisñores escondidos y señores. Descansamos bajo un castaño, contemplando ya el Monasterio... Un Monasterio en que la piedra parece de carne, con la piel curtida por la pátina de los solares de Indias. Con la luz poniente del cielo cendali, el Monasterio parece que tiembla. Mañana veremos su claustro maravilloso, de piedras y columnas sensitivas. Y la sala capitular y el coro y la biblioteca... Pero antes, iremos a rendir nuestro tributo a la Pastora de las Españas.

PEDRO CABA.

ARTE

OPINIONES DE UN PROVINCIANO

SOBRE LA ESTERILIDAD ESTÉTICA DEL "TREMENDISMO."

La obra de arte que tiene mieles las destila sin necesidad de que se la someta a la tortura de la presión. La que no las tiene no puede darlas.

Pero la interferencia de lo económico con el Arte aparece cuando el artista sin numen, para hacer llevadera su labor de producción, encuentra fácil seguir el camino trillado de los que alcanzaron el éxito. No importa la clase de éxito. Si éste es crematístico, los pseudoartistas se vuelcan y, con rara unanimidad, tratan todos ellos de teñir sus telas en las cubetas donde están disueltos los que, llamados hoy *ismos*, estén más de moda.

Primero fueron los *estilos*, luego las *escuelas*, ahora los *ismos*. Se llegará en esto al fraccionamiento atómico, como en la materia.

El espectador puro se ve anegado entre una nube de adjetivos, que pretenden hacerle ver cómo ciertos panales tienen lo que él no encuentra en ellos: la miel de la belleza. Que, menos mal, si, en algún caso, nos tropezamos con la utilísima cera, trabada con la mecánica y matemática precisión del panal. Con demasiada frecuencia ni esa faceta sabe respetarse en la pretendida obra de arte. Y si censuramos a uno de tales compadres su torpeza técnica, nos devuelve lindamente la pelota tachándonos de vulgo necio... ¿Risum teneatis...?

¡Ojo, pues, aficionados al arte verdadero! Tenemos a la vista un nuevo adjetivo: *tremendismo*.

De por sí es ya una palabra *tremenda* este *tremendo* epíteto. Mas entendámonos: ¿qué es eso de *tremendismo*? Voy a dar mi propia definición, y si ella no conviene con la de su inventor me importa poco. La palabra tiene una solera tan castiza que bastará hurgar en su contenido para echarle luego, lindamente, a la caza levantada el rabioso can del *ismo*. Creo será suficiente. Vamos a ello.

Tremendo, según los hablistas, es todo lo que es temible y formidable; digno de ser temido. Tiene otras acepciones; pero a esta me atengo. De aquí *tremendismo*: estilo o manera de hacer Arte, que introduce en las obras, de modo deliberado y constante, acciones o cosas temibles y formidables.

Creo se trata de una sencilla definición, con la cual podemos entendernos todos. Veamos, ahora, un par de notas del movimiento tremendista. Primero, su origen. Este origen pudiera pensarse remotísimo: derivado del relato del primer fratricidio. Un juicio poco ejercitado llamaría asimismo tremendista a toda la poesía épica griega, y, de igual modo a la dramática de las literaturas clásicas. Los que han dado ya su opinión acerca del asunto, dicen que los románticos son tremendistas. No creamos en tales generalizaciones. Un so-